

---

La configuración de la ciudad de finales del XVIII obstaculizaba las transformaciones que en el nuevo siglo demandaba el crecimiento de la población. Estos obstáculos respondían a un sistema de organización del espacio, característico de la ciudad del antiguo régimen, tipificado, como se explicó, por: la persistencia de los recintos murados; la gran cantidad de suelo ocupado por los grandes y pequeños edificios religiosos y civiles, con sus huertos anejos; la amortización de una buena parte del espacio urbano, edificios y casas vinculadas a instituciones religiosas y civiles o a mayorazgos y censos; y el predominio de viviendas unifamiliares, de labradores o de artesanos, en las que se hallaba también el taller.

Desde la aparición de la crisis de este modelo, hasta el primer tercio del siglo XIX se había agravado un proceso de deterioro, incluso de ruina, del caserío, tanto por causa de la guerra o de calamidades naturales como por la incapacidad del sistema para regenerar el espacio urbano.

Sin embargo, asistimos a un proceso de cambio, largo y complejo, que se inicia en el segundo tercio del siglo XIX y que, al eliminar aquellos obstáculos, abrirá el camino a un nuevo modelo urbano.

De acuerdo con la filosofía política dominante, se pretende instituir el derecho de propiedad plena y libre, y la eliminación de la vinculación y de las demás limitaciones del complicado sistema posesorio feudal. Se establece la plena libertad de edificar y la de alquileres, reconocida por la Ley de 9 de abril de 1842, medidas que estimularán la construcción.

La escena material para aplicar tales principios la proporcionará la desamortización eclesiástica y civil, de la que se seguirá el libre funcionamiento de amplios espacios urbanos en el interior de la ciudad, requisito necesario para la puesta en marcha del nuevo modelo.

De acuerdo con este esquema, también en Albacete se distinguen tres fases en las reformas urbanísticas del siglo XIX:

a) La remodelación de la trama viaria y el «ensanche interior», que se produce en torno a los años centrales del siglo.

b) El comienzo de los «ensanches», que requieren una demanda y un proceso de acumulación mayor, y que, aunque se inician en el sector septentrional, contiguo a la «ciudad conventual» anterior, retrasará sus manifestaciones más expresivas hasta el siglo siguiente; y

c) La dotación de servicios complementarios —aguas, alumbrado, limpieza, etc.—, que serán casi primitivos durante la mayor parte de este siglo. Los cambios decisivos sólo vendrán cuando la ciudad se haya convertido en un centro importante de acumulación de capital, y esto llegará a Albacete después de 1900.

Las realizaciones del período isabelino, hasta 1868, consistirán en el diseño de manzanas rectangulares —calles del Muelle, de Salamanca, del Bosque, del Progreso—, alineaciones de calles del interior que se mantienen con dimensiones estrechas —Gaona, Mayor, etc.— y una arquitectura de fino dibujo que gusta de miradores... Cuando comiencen a realizarse las pequeñas rectificaciones del viario, aunque éste no tiene el carácter de ensanche, al coincidir con la renovación de los edificios del